

Mariano Azuela

LOS DE ABAJO

Novela de la revolución mexicana

*edición de
Luis Leal*

STOCKCERO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	VII
<i>El médico novelista</i>	vii
<i>Azuela y la Revolución mexicana</i>	x
<i>Los de arriba y los de abajo</i>	xiii
<i>Tema y estructura</i>	xv

LOS DE ABAJO

PRIMERA PARTE

I	1
II	5
III	9
IV	13
V	17
VI	21
VII	25
VIII.....	29
IX	31
X	35
XI	39
XII	43
XIII.....	47
XIV.....	51
XV	55
XVI.....	59
XVII	63
XVIII	67

XIX.....	71
XX	75
XXI.....	79
SEGUNDA PARTE	
I.....	83
II	87
III	91
IV	95
V.....	99
VI	105
VII	109
VIII.....	111
IX	113
X	117
XI	121
XII	125
XIII.....	129
XIV.....	133
TERCERA PARTE	
I.....	137
II	141
III	145
IV	149
V.....	153
VI	155
VII	157

INTRODUCCIÓN

EL MÉDICO NOVELISTA

En una de sus cartas a Mariano Azuela, J. M. González de Mendoza recuerda una anécdota que nos permite captar el estado de la literatura mexicana durante las primeras décadas del siglo veinte. Según González de Mendoza, en 1926 un crítico francés preguntó a Alfonso Reyes: «¿Qué me dice usted de la literatura mexicana?». Y Reyes le contestó: «Que la estamos haciendo». Aunque González de Mendoza no lo comente, Reyes sin duda se refería a su propia obra, con la cual contribuyó a *hacer* la literatura mexicana moderna.

El otro autor que al mismo tiempo *estaba haciendo* la literatura mexicana es Mariano Azuela, creador de la novela mexicana moderna y precursor de los nuevos novelistas hispanoamericanos.

De Lagos de Moreno, Jalisco, su pueblo natal, Mariano Azuela (1873-1952) pasa a Guadalajara para continuar sus estudios. El primer año en la gran ciudad no le fue muy agradable. «No bien terminé el curso de Moral y Religión —nos dice— deserté del Seminario. La carrera sacerdotal nunca me atrajo y mi estancia en el establecimiento fue meramente accidental».

Al terminar los estudios preparatorios en el Liceo de Varones del Estado ingresa en la Facultad de Medicina de la Universidad de Guadalajara para hacerse médico. ¿Por qué médico? Nunca logró saberlo. Era su destino, como lo era el de ser novelista: novelista médico, como lo había sido el de Anton Chekhov, el de Pío Baroja y tantos otros.

Desde 1892 esos dos intereses, la medicina y la novela, se convierten en las coordinadas que determinan su trayectoria en la vida. Desde sus primeros años como médico, como lo hará el resto de su vida, ejerce su profesión con toda probidad. La honradez y la independencia de criterio son sus normas. Para conservar su independencia está dispuesto a sacrificar su bienestar material. Al mismo tiempo, decide no participar en la política, a riesgo de que lo tilden de cobarde o de soberbio. Todo su afán consiste en conservar la libertad y el juicio desapasionado. En años posteriores, ese afán le ha de acarrear horas amargas.

La decisión de no participar en la política fue el resultado de sus experiencias durante los primeros años de la revolución maderista. En Lagos de Moreno en 1910, Azuela y sus compañeros forman un núcleo local antiporfirista, el Club Máximo Serdán, integrado por obreros, agricultores resentidos, pequeños comerciantes y jóvenes entusiastas. Al triunfar la revolución maderista, Azuela es nombrado Jefe Político de Lagos. Sin embargo, los caciques no lo dejan gobernar. Al presentarse para tomar posesión del puesto, los pseudo maderistas le estorban el paso y se ve obligado a recurrir a los soldados federales para ocuparlo. Mas no por mucho tiempo. Dos meses después renuncia para protestar las intrigas políticas contra Madero. El puesto, nos dice, «para colmo de mofa hube de entregarlo a la misma persona a quien por la fuerza había tenido que desalojar». Esa experiencia fue decisiva en el desarrollo de la ideología del novelista. «Esto me dio la medida cabal del gran fracaso de la revolución. Fue para mí el máximo instante de la desilusión».

Lo que Azuela había previsto en 1911 se cumple dos años más tarde con el asesinato de Madero. A pesar de su decisión de no participar en la política, por influencia de su amigo José Becerra se incorpora al Estado Mayor del jefe villista Julián Medina como jefe del servicio médico. Medina le cuenta sus aventuras revolucionarias, germen de la novela *Los de abajo*, que tanta fama le había de dar. En la ciudad de México, a partir de 1916, Azuela, retirado por completo de la política, se dedica al ejercicio de su profesión y a escribir novelas. Pero no es hasta 1925, sin embargo, cuando se le reconoce como gran novelista. En diciembre del año anterior, Francisco Monterde había publicado su ya célebre ensayo «¿Existe una literatura mexicana viril?» con el cual

dio a conocer el mérito de *Los de abajo*, de la cual ya se había ocupado en 1920. El resultado fue que la novela –casi desconocida en México, ya que las ediciones de los periódicos *El Paso del Norte* de El Paso, Texas, y *El Mundo* de Tampico, lo mismo que la de Razaster de 1920, no fueron bien distribuidas– la publicó *El Universal Ilustrado* entre enero y febrero de 1925. Dos años más tarde aparece en Madrid, y en 1929 la traducción al inglés. Mas antes de que le llegara ese reconocimiento, Azuela, cansado del anonimato a pesar de que ya había publicado nueve novelas, se propuso cambiar de rumbo y escribir según la técnica narrativa de última hora. ¿El resultado? *La Malhora*, novela corta que le dio a conocer entre los críticos de vanguardia. Mas el triunfo no fue instantáneo. La obra fue rechazada por un jurado al cual no impresionó, a pesar de lo novedoso de la estructura y el estilo, hoy tan apreciados.

Una vez que su mérito como novelista es reconocido, no pasa mucho tiempo sin que también se opere un cambio en la vida privada de Azuela. De 1927 en adelante su situación económica es mucho más desahogada. Ese año compra la casa en Tlatelolco la cual ha de pasar el resto de sus días en grata compañía de su mujer e hijos, alejado del torbellino político y social que es la ciudad de México. Ese alejamiento le permite mantener su libertad de criterio e independencia política. Mas no faltan los pequeños disgustos, ya sea con la burocracia, ya con los críticos. Se le acusaba de resentimiento. Pero más que al resentimiento su actitud se debía al deseo de poderse mantener en posición de libertad absoluta para criticar los defectos del gobierno y los juicios de los críticos.

Los últimos años en la vida de Azuela son, tal vez, los más apacibles y tranquilos. No son, sin embargo, años de holganza. Todo lo contrario: es una época, como las anteriores, de gran actividad literaria; publica tres novelas más, una biografía, un libro de crítica y sus memorias. Deja inéditas otras dos novelas y una biografía novelada. Ocurre también un cambio en su actitud ante el gobierno. El haber dado expresión a su resentimiento en público –en su narrativa– le libra de su rencor. Cuando en 1942 se le invita a formar parte del Seminario de Cultura Mexicana, acepta el puesto, pues, dice irónicamente, «ya se me agotó cuanto malo tengo de decir de nuestro gobierno». Las distinciones se

siguen acumulando; en 1943 el gobierno le nombra miembro fundador del Colegio Nacional. Antes de terminar el año dicta en esa institución la serie de conferencias que en 1947 ha de editar bajo el título *Cien años de novela mexicana*, obra que hoy todavía se consulta.

El año de 1949 es uno de los más felices en la vida de Azuela. Además de publica su novela *Sendas perdidas* (la última editada en vida), recibe el más alto honor que el gobierno concede a los escritores: el Premio Nacional de Artes y Ciencias (en literatura). El mismo año decide abandonar toda actividad profesional, y el primero de mayo empieza a recibir la pensión ganada en largos años de servicio en el Departamento de Salubridad y Asistencia Pública. Su interés en la novela, sin embargo, continúa; ese año termina de escribir *La maldición* y *Esa sangre*, que quedan inéditas. Un año antes de su muerte Azuela comenzó a sufrir del corazón. Para no alarmar a la familia no les comunica la noticia. Sin embargo, el 23 de febrero de 1952 ya no puede ocultar el hecho; ese día sufre un síncope cardíaco. Muere el 29 de marzo de ese año.

De Mariano Azuela se puede decir que conoció el espíritu de inconformidad y rebeldía y la perenne aspiración del pueblo a un estado de mayor equidad, por el cual trabajó toda su vida con honradez, sinceridad y energía.

AZUELA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

La revolución contra la dictadura de Porfirio Díaz iniciada el 20 de noviembre de 1910 por Francisco I. Madero triunfa en mayo de 1911 y Madero es electo presidente de la República. Sin embargo surge una contrarrevolución y Madero es asesinado el 22 de febrero de 1913 y el general Victoriano Huerta se apodera de la presidencia. Inmediatamente, en el norte, surge un movimiento contra su gobierno, encabezado por Venustiano Carranza, Francisco Villa, Alvaro Obregón, Lucio Blanco y otros.

El gobierno de Huerta cae en julio de 1914. Desafortunadamente, surge una pugna entre Carranza y Villa

Por simpatía con el maderismo, pero también influido por su amigo

José Becerra, Azuela había ingresado en las fuerzas villistas. Becerra, abogado en el pueblo de Tequila, en el Estado de Jalisco, se había unido al ejército rebelde de Julián Medina .»[C]uando Medina pasó por Lagos –dice Azuela-, pasada la Convención de Aguascalientes [10 oct.-9 nov., 1914], por conducto de su secretario particular el mayor Francisco M. Delgado, me invitó con toda formalidad a colaborar con él en el gobierno del Estado de Jalisco» Según vemos en la siguiente declaración, Azuela siempre creyó que Villa representaba el partido legal de la Revolución: «Me encontré primero enrolado al partido de la Convención de Aguascalientes, no sólo por simpatía, sino porque para mí, representó la legalidad; en seguida privado ya de la libertad plena de mis actos, los sucesos me colocaron en el campo de la facción villista y con el villismo» .

Hacia fines de octubre de 1914, Julián Medina permaneció en Irapuato en espera del resto del ejército de Villa. Allí Azuela se incorporó a su Estado Mayor como jefe del servicio médico con el rango de teniente coronel. También fue en Irapuato donde Azuela concibió la idea de escribir *Los de abajo* , su novela más famosa. Durante el mes que estuvo en esa ciudad, Medina le contó sus aventuras como general revolucionario, muchas de las cuales Azuela elaboró y adoptó para su novela, de la cual Medina iba a ser el protagonista. Perseguido por las fuerzas de Carranza, Medina tuvo que retirarse hacia Guadalajara, a donde llegó en diciembre de 1914. Allí Azuela continuó escribiendo *Los de abajo* y decidió darle al héroe el nombre Demetrio Macías, nombre ficticio. A la vez abandonó la idea de elaborar la personalidad de Medina a fin de dar al héroe Macías características adicionales peculiares a otros funcionarios revolucionarios que había conocido.

Al ser Villa derrotado por Obregón en Celaya (abril 16, 1915) Medina se refugió en Lagos, donde permaneció hasta mayo, cuando se le obligó a retirarse hacia el norte. Azuela se separó del cuerpo principal de las tropas de Medina y permaneció en Tepatitlán (entre Lagos y Guadalajara) para atender a algunos oficiales y soldados heridos. Fue allí donde conoció a un joven coronel, Manuel Caloca, quien había sido herido en la batalla que tuvo lugar en Tlaquepaque, en las afueras de Guadalajara.

Como los carrancistas amenazaban tomar el pueblo, Azuela, Caloca

y unos ochenta soldados se refugiaron en las montañas de Juchipila, donde fueron atacados por un grupo de carrancistas al pie del cañón; pero los hombres de Caloca eran excelentes jinetes y derrotaron al enemigo, escena elaborada en la novela. Azuela, en una cueva en una de las laderas del cañón, también tomaba notas para la escena final de la novela, la derrota y muerte del héroe, Demetrio Macías, en el mismo cañón dos años más tarde. Después de pasar por el pueblo de Limón llegaron a Aguascalientes, donde Azuela condujo a Caloca al hospital y allí lo operó. De Aguascalientes se fueron a Chihuahua, y allí Caloca permaneció en el hospital.

Tras la derrota de Villa en Celaya en abril de 1915, lo que quedaba de su ejército emprendió la retirada hacia el Norte, tierra del caudillo y cuna de la Revolución. Nos dice Azuela que venían

perseguidos por los carrancistas, de derrota en derrota, un buen día me encontré en los Estados Unidos con un lío de papeles, debajo de mi camisa de manta. Dos terceras partes de *Los de abajo* estaban redactadas y el resto lo escribí en la misma imprenta de *El Paso del Norte*, donde mi novela comenzó a publicarse en el folletín.

Una noche de noviembre de 1915 se la leí a un grupo de amigos y compañeros, derrotados todos, en uno de los cuartos del hotel donde estábamos alojados. Entre ellos se encontraban los licenciados Enrique Pérez Arce, Abelardo Medina, Enrique Luna Román y algunos otros profesionistas, la mayoría de ellos abogados. Cuando llegué al pasaje de Demetrio Macías conducido en camilla por los de Juchipila, Manuel Caloca, que se encontraba también entre oyentes se reconoció al instante en su canción favorita: «En la medianía del cuerpo / una daga me metió / sin saber por qué / ni por qué sé yo».

Azuela escribió desde El Paso, el 10 de noviembre de 1915, una carta a su esposa, Carmen Rivera de Azuela, en la cual le pide que le mande ejemplares de sus obras para venderlas pues los fondos que recibe del periódico no le permiten sufragar sus gastos. Esta rara carta manuscrita fue reproducida en facsímil por Francisco Monterde en *Mariano Azuela y la crítica mexicana*. Como no se encuentra en el *Epistolario y archivo*, la reproducimos íntegra.

Nov. 10 de 1915,
Mi queridísima Carmela.

Hoy comenzó el invierno como son los inviernos en esta región. No sé si lo pasaré todo aquí. Ayer puse una solicitud de garantías para regresar a México, al Gobierno de Jalisco. Si las obtengo amplias y honradamente, pronto nos veremos. En caso contrario tendré que trazarme un plan de vida adecuado a las circunstancias. En muchas cartas te he dicho que con toda libertad hagas lo que estimes conveniente encaminado a obtener la subsistencia de todos. Yo no tengo absolutamente ninguna noticia del estado de nuestros negocios ni de los elementos que te quedan y por eso nada puedo aconsejarte en concreto; por eso te repito que hagas lo que estimes conveniente.

No se te olvide mandarme por correo certificado un ejemplar de cada una de mis novelas, pues es el único elemento que puedo explotar para vivir no pudiendo ejercer mi profesión.

Mis cariños para todos.

Tuyo,

Mariano.

Hacia finales de diciembre Azuela vuelve a México. No sabemos el día exacto que cruzó la frontera, pero sí nos dice que fue cuando los carrancistas tomaron Ciudad Juárez. Dice Azuela: «En la misma imprenta de *El Paso del Norte* escribí el último capítulo de mi novela, cuando ya estaba publicándose en el folletín. Entretanto los carrancistas, sin combatir, tomaron Ciudad Juárez. Aproveché la confusión de las primeras horas para pasarme a territorio mexicano, le compré un pase de ferrocarril a un soldado y con José G. Montes de Oca regresé a Guadalajara». Sabemos que los carrancistas tomaron Ciudad Juárez el 20 de diciembre de 1915. Por lo tanto, Azuela debe de haber abandonado El Paso ese día o al día siguiente.

Los de abajo se publicó primero en el folletín del periódico *El Paso del Norte* entre octubre y noviembre de 1915, y en forma de libro en la imprenta del mismo diario. La novela ha sido traducida a las principales lenguas del mundo.

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO

Los de abajo, la obra maestra de Mariano Azuela y una de las grandes novelas mexicanas, aparece precisamente cien años después de la primera obra en el género que se publica en México. Si la novela de

José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, rescita una tendencia –la agotada picaresca– la de Azuela da vida a otra, la novela de la Revolución, que ha de tener resonancias dentro y fuera del país.

La novela de Azuela no es –como podría creerse por lo que el autor mismo nos dice– el resultado de las horas de ocio que se vio obligado a pasar en una solitaria habitación en El Paso, Texas. La génesis de la obra la encontramos en las novelas y cuentos que Azuela venía escribiendo desde sus años de estudiante de medicina en Guadalajara. Ya en su segunda novela –la primera fue *María Luisa*, 1907– *Los fracasados* (1908) el autor omnisciente se refiere a «los de arriba... y los de abajo», frase esta última que en 1915 utiliza como título de su nueva novela, responsable de no poca de la fama de la obra.

El valor de *Los de abajo* se debe en gran medida al sostenido nivel dramático a través de la obra, desde la escena inicial en el jacal de Demetrio y el primer encuentro con los federales en el Cañón de Juchipila, hasta la muerte del protagonista en el mismo lugar. Pero no hay que olvidar que el éxito de la novela es el resultado, en parte, del hallazgo de la imagen titular: los de abajo. ¿Quiénes, en la novela, son los de abajo? En el capítulo tercero de la primera parte hay una escena en que los hombre de Demetrio están en lo alto del cañón y los federales abajo. Cuando éstos tratan de huir, Demetrio les grita a sus compañeros: «–A los de abajo... A los de abajo» pero no son estos –de abajo–, en el sentido recto de la palabra, o los federales (carrancistas) a los que el título se refiere, sino a aquellos que se encuentran en el fondo de la escala social y económica, esto es, a los pobres, los desheredados como el Meco, Serapio el charamusquero, Antonio el que tocaba los platillos en la banda de Juchipila, la Codorniz, Camila, Pancracio, Anastasio Montañés, Venancio, la Pintada, el Manteca, el cojitranco y aun Demetrio, el protagonista de la novela. Todos ellos luchan porque han sido objeto de alguna injusticia de parte de los de arriba, de los caciques, representados por don Mónico; los hacendados y los curros, o sea la llamada gente decente. Al abrir la novela, los de abajo, con Demetrio como jefe, han decidido luchar contra las injusticias cometidas por los de arriba. La lucha es cruenta, los sufrimientos intolerables. ¿Y todo para qué? Todo para volver a quedar en el mismo lugar, abajo, al cabo de dos años

de penalidades. Esta actitud de derrota, de fracaso, es uno de los elementos que mantienen vivo el interés en la novela y le dan valor permanente.

TEMA Y ESTRUCTURA

El subtítulo de las primeras ediciones de la novela era «Cuadros y escenas de la Revolución actual». Sin embargo, el tema de la obra, esto es, el fracaso de la Revolución, sirve para unir esos cuadros y escenas y estructurar las hazañas de los personajes; la Revolución los obliga a ejecutar ciertas acciones encadenadas que dan forma a la novela; la toma de una ciudad, por ejemplo, es motivada por la presencia de los federales, y la lucha armada para apoderarse de la plaza va acompañada de la violencia y la muerte, temas arquetípicos que se repiten a través de la obra y que ayudan a estructurar la narración.

Si bien los cuadros y escenas están presentados sin orden aparente alguno, la personalidad de Demetrio Macías, protagonista, les da unidad. Sus actividades revolucionarias se inicia en el Cañón de Juchipila con su triunfo sobre los federales y termina con su muerte allí mismo, lo cual da a la novela una estructura circular, esto es, la acción vuelve al mismo espacio donde se inicia.

Al mismo tiempo, esos y otros temas de la misma naturaleza se encuentran sumamente bien integrados a los temas históricos y políticos, lo que da a la novela un valor que va mucho más allá del simple interés que puedan despertar las aventuras de Demetrio Macías y sus guerrilleros.

Como en todo conflicto armado, donde predominan la violencia, el odio, la venganza, la muerte, así en la novela de Azuela las hazañas del protagonista y los personajes secundarios van punteadas con esos temas, la mayor parte de los cuales son recurrentes, hecho que infunde al desarrollo de la historia cierto ritmo, en este caso un ritmo que se inicia lentamente, pero que se acelera así que se desenvuelve la trama. Es también necesario observar que si no es posible separar la temática de la estructura, tampoco es factible la separación nítida de los temas entre sí. El tema de las clases sociales (los de arriba y los de abajo) se

convierte, al repetirse, en tema formal. Y así ocurre con los otros, sobre todo los arquetípicos, siendo la violencia y la muerte dos de los más recurrentes.

También ayuda a enriquecer la novela la presencia de la naturaleza en la mayor parte de las escenas en íntima relación con los personajes. Esa relación no es la del predominio de la naturaleza sobre el personaje, sino la mutua correspondencia que Azuela encuentra entre las personas y el paisaje. La presencia de la naturaleza en *Los de abajo* no justifica que se le incluya entre las novelas hispanoamericanas que según Carlos Fuentes se caracterizan por el predominio de la naturaleza sobre el personaje. Dice Fuentes: «En la novela hispanoamericana, de los relatos gauchescos a *El mundo es ancho y ajeno*, la naturaleza es sólo la enemiga que traga, destruye voluntades, rebaja dignidades y conduce al aniquilamiento. Ella es la protagonista, no los hombres eternamente aplastados por su fuerza» Tal vez se podría decir que en la novela de Azuela la Revolución reemplaza a la naturaleza como protagonista –ya que es la Revolución la que destruye a la persona– pero no la naturaleza, pues nunca aparece en primer plano, sino subordinada a las acciones de los personajes, casi siempre reflejando sus sentimientos y pasiones. Cuando Camila es desdeñada por Luis Cervantes y llora, «una torcaz lloró también». Cuando Demetrio vuelve a su casa después de dos años de ausencia, su mujer cree que ya nunca la dejará: «¿Verdad que ya te vas a quedar con nosotros?... La faz de Demetrio se ensombreció. Y los dos estuvieron silenciosos, angustiados. Una nube negra se levantaba tras la sierra, y se oyó un trueno sordo». La naturaleza nos indica que Demetrio sabe que no ha de volver, pero no se atreve a decirlo. Por fin lo hace arrojando una piedrita al fondo del cañón y sólo dice: «Mira esa piedrita cómo ya no se para...».

A veces, en oposición a las observaciones de Fuentes, la naturaleza en Azuela, en vez de destruir al personaje, se avergüenza de sus acciones. El episodio del peón Pifanio, el peón explotado por su amo, termina con una referencia a la naturaleza: «El valle se perdió en la sombra y las estrellas se escondieron».

Después de la derrota de Villa los hombres de Demetrio, ya cansados de pelear sin provecho alguno, desean volver a la sierra para protegerse. Cervantes propone a Macías que vayan a Aguascalientes. Pero

éste le dice: «—No; vamos derecho a la sierra». Los soldados acogen la idea con regocijo: «¡A la sierra!... No hay como la sierra ... Hablaron de la sierra con entusiasmo y delirio, y pensaron en ella como en la deseada amante a quien se ha dejado de ver por mucho tiempo».

Con frecuencia la naturaleza sirve de presagio a las acciones humanas. Cuando Demetrio piensa, «A mí me va a suceder algo», la descripción inmediata es una de la naturaleza: «Un tordo piaba tímidamente en el fresno»: Otras veces da un aura de belleza a los poblados. «Asomó Juchipila a lo lejos, blanca y bañada de sol en medio del frondaje, al pie de un cerro elevado y soberbio plegado como turbante». No es raro que las descripciones de la naturaleza sirvan para suavizar las violentas escenas revolucionarias. Esta técnica de entretrejer las acciones humanas y las descripciones del paisaje es lo que da a la novela de Azuela un equilibrio que no logró obtener en otras de sus obras. Es por eso tal vez por lo cual se considera *Los de abajo* como su obra maestra y la más lograda de las novelas de la Revolución mexicana. Al mismo tiempo, al abandonar por completo las normas de la novelística europea, forja una nueva novela hispanoamericana.

Luis Leal

PRIMERA PARTE

I

—Te digo que no es un animal... Oye cómo ladra *el Palomo*... Debe ser algún cristiano...

La mujer fijaba sus pupilas en la oscuridad de la sierra.

—Y que fueran siendo federales? —repuso un hombre que, en cuclillas, yantaba¹ en un rincón, una cazuela en la diestra y tres tortillas en taco en la otra mano.

La mujer no le contestó; sus sentidos estaban puestos fuera de la casuca.

Se oyó un ruido de pesuñas en el pedregal cercano, y *el Palomo* ladró con más rabia.

—Sería bueno que por sí o por no te escondieras, Demetrio.

El hombre, sin alterarse, acabó de comer; se acercó un cántaro y, levantándolo a dos manos, bebió agua a borbotones. Luego se puso en pie.

—Tu rifle está debajo del petate² —pronunció ella en voz muy baja.

El cuartito se alumbraba por una mecha de sebo. En un rincón descansaban un yugo, un arado, un otate³ y otros aperos de labranza. Del techo pendían cuerdas sosteniendo un viejo molde de adobes, que servía de cama, y sobre mantas y desteñidas hilachas dormía un niño.

Demetrio ciñó la cartuchera a su cintura y levantó el fusil. Alto, robusto, de faz bermeja, sin pelo de barba, vestía camisa y calzón de

1 *Yantaba* (arcaísmo): comía.

2 *Petate*: estera de hojas de palma.

3 *Otate*: vara de la planta así llamada usada como garrocha.

manta, ancho sombrero de soyate⁴ y guaraches⁵.

Salió paso a paso, desapareciendo en la oscuridad impenetrable de la noche.

El Palomo, enfurecido, había saltado la cerca del corral. De pronto se oyó un disparo, el perro lanzó un gemido sordo y no ladró más.

Unos hombres a caballo llegaron vociferando y maldiciendo. Dos se apearon y otro quedó cuidando las bestias.

—Mujeres..., algo de cenar!... Blanquillos⁶, leche, frijoles, lo que tengan, que venimos muertos de hambre.

—Maldita sierra! ¡Sólo el diablo no se perdería!

—Se perdería, mi sargento, si viniera de borracho como tú...

Uno llevaba galones en los hombros, el otro cintas rojas en las mangas.

—En dónde estamos, vieja?... ¡Pero con una!... ¿Esta casa está sola?

—Y entonces, esa luz?... ¿Y ese chamaco?... ¡Vieja, queremos cenar, y que sea pronto! ¿Sales o te hacemos salir?

—Hombres malvados, me han matado mi perro!... ¿Qué les debía ni qué les comía mi pobrecito *Palomo*?

La mujer entró llevando a rastras el perro, muy blanco y muy gordo, con los ojos claros ya y el cuerpo suelto.

—Mira nomás qué chapetes⁷, sargento!... Mi alma, no te enojés, yo te juro volverte tu casa un palomar; pero, ¡por Dios!...

No me mires airada...

No más enojos...

Mírame cariñosa,

luz de mis ojos,

acabó cantando el oficial con voz aguardentosa.

—Señora, ¿cómo se llama este ranchito? —preguntó el sargento.

—Limón —contestó hosca la mujer, ya soplando las brasas del fogón y arrimando leña.

—Conque aquí es Limón?... ¡La tierra del famoso Demetrio Macías!... ¿Lo oye, mi teniente? Estamos en Limón.

—¿En Limón?... Bueno, para mí... ¡plin!... Ya sabes, sargento, si he de irme al infierno, nunca mejor que ahora..., que voy en buen caballo. ¡Mira nomás qué cachetitos de morena!... ¡Un perón para morderlo!...

—Usted ha de conocer al bandido ese, señora... Yo estuve junto con

4 *Sombrero de soyate*: sombrero de palma de ancha falda.

5 *Guaraches* (también *huaraches*): sandalias de cuero.

6 *Blanquillos*: huevos de gallina.

7 *Chapetes*: mejillas encendidas.

él en la Penitenciaría de Escobedo ⁸.

—Sargento, tráeme una botella de tequila; he decidido pasar la noche en amable compañía con esta morenita... ¿El coronel?... ¿Qué me hablas tú del coronel a estas horas?... ¡Que vaya mucho a...! Y si se enoja, pa mí... ¡plin!... Anda, sargento, dile al cabo que desensille y eche de cenar. Yo aquí me quedo... Oye, chatita ⁹, deja a mi sargento que fría los blanquillos y caliente las gordas; tú ven acá conmigo. Mira, esta carterita apretada de billetes es sólo para ti. Es mi gusto. Figúrate! Ando un poco borrachito por eso, y por eso también hablo un poco ronco... ¡Como que en Guadalajara dejé la mitad de la campanilla y por el camino vengo escupiendo la otra mitad!... ¿Y qué le hace...? Es mi gusto. Sargento, mi botella, mi botella de tequila. Chata, estás muy lejos; arrímate a echar un trago. ¿Cómo que no?... ¿Le tienes miedo a tu... marido., o lo que sea?... Si está metido en algún agujero dile que salga..., pa mí ¡plin!... Te aseguro que las ratas no me estorban.

Una silueta blanca llenó de pronto la boca oscura de la puerta.

—Demetrio Macías! —exclamó el sargento despavorido, dando unos pasos atrás.

El teniente se puso de pie y enmudeció, quedóse frío e inmóvil como una estatua.

—Mátalos! —exclamó la mujer con la garganta seca.

—¡Ah, dispense, amigo!... Yo no sabía... Pero yo respeto a los valientes de veras.

Demetrio se quedó mirándolos y una sonrisa insolente y despreciativa plegó sus líneas.

—Y no sólo los respeto, sino que también los quiero... Aquí tiene la mano de un amigo... Está bueno, Demetrio Macías, usted me desaira... Es porque no me conoce, es porque me ve en este perro y maldito oficio... ¡Qué quiere, amigo!... ¡Es uno pobre, tiene familia numerosa que mantener! Sargento, vámonos; yo respeto siempre la casa de un valiente, de un hombre de veras.

Luego que desaparecieron, la mujer abrazó estrechamente a Demetrio.

—Madre mía de Jalpa!¹⁰ ¡Qué susto! ¡Creí que a ti te hablan tirado el balazo!

—Vete luego a la casa de mi padre —dijo Demetrio.

8 *Penitenciaría de Escobedo*: antigua penitenciaría en Guadalajara que llevaba el nombre del general juarista Mariano Escobedo (1826-1902).

9 *Chatita*: diminutivo de chata, mujer de nariz poco prominente; se usa también en sentido afectivo.

10 *¡Madre mía de Jalpa!*: Invocación a la Virgen de Jalpa, en el Estado de Zacatecas.

Ella quiso detenerlo; suplicó, lloró; pero él, apartándola dulcemente, repuso sombrío:

—Me late ¹¹ que van a venir todos juntos.

—Por qué no los mataste?

—Seguro que no les tocaba todavía!

Salieron juntos; ella con el niño en los brazos.

Ya a la puerta se apartaron en opuesta dirección.

La luna poblaba de sombras vagas la montaña.

En cada risco y en cada chaparro ¹², Demetrio seguía mirando la silueta dolorida de una mujer con su niño en los brazos.

Cuando después de muchas horas de ascenso volvió los ojos, en el fondo del cañón, cerca del río, se levantaban grandes llamaradas.

Su casa ardía...

11 *Me late*: presiento, sospecho.

12 *Chaparro*: planta silvestre de baja altura; aplícase también a las personas de baja estatura.

II

Todo era sombra todavía cuando Demetrio Macías comenzó a bajar al fondo del barranco. El angosto talud de una escarpa era vereda, entre el peñascal veteadado de enormes resquebrajaduras y la vertiente de centenares de metros, cortada como de un solo tajo.

Descendiendo con agilidad y rapidez, pensaba:

«Seguramente ahora sí van a dar con nuestro rastro los federales, y se nos vienen encima como perros. La fortuna es que no saben veredas, entradas ni salidas. Sólo que alguno de Moyahua anduviera con ellos de guía, porque los de Limón, Santa Rosa y demás ranchitos de la sierra son gente segura y nunca nos entregarían... En Moyahua está el cacique que me trae corriendo por los cerros, y éste tendría mucho gusto en verme colgado de un poste del telégrafo y con tamaña lengua de fuera»

Y llegó al fondo del barranco cuando comenzaba a clarear el alba. Se tiró entre las piedras y se quedó dormido.

El río se arrastraba cantando en diminutas cascadas; los pajarillos piaban escondidos en los pitahayos¹³, y las chicharras monorrítmicas llenaban de misterio la soledad de la montaña.

Demetrio despertó sobresaltado, vadeó el río y tomó la vertiente opuesta del cañón. Como hormiga arriera ascendió la crestería, crispadas las manos en las peñas y ramazones, crispadas las plantas sobre las guijas de la vereda.

13 *Pitahayos*: planta de la familia de los cactáceos cuya fruta, la pitahaya, es comestible.

Cuando escaló la cumbre, el sol bañaba la altiplanicie en un lago de oro. Hacia la barranca se veían rocas enormes rebanadas; prominencias erizadas como fantásticas cabezas africanas; los pitahayos como dedos anquilosados de coloso; árboles tendidos hacia el fondo del abismo. Y en la aridez de las peñas y de las ramas secas, albeaban las frescas rosas de San Juan como una blanca ofrenda al astro que comenzaba a deslizar sus hilos de oro de roca en roca.

Demetrio se detuvo en la cumbre; echó su diestra hacia atrás; tiró del cuerno que pendía a su espalda, lo llevó a sus labios gruesos, y por tres veces, inflando los carrillos, sopló en él. Tres silbidos contestaron la señal, más allá de la crestería frontera.

En la lejanía, de entre un cónico hacinamiento de cañas y paja podrida, salieron, unos tras otros, muchos hombres de pechos y piernas desnudos, oscuros y repulidos corno viejos bronces.

Vinieron presurosos al encuentro de Demetrio.

—¡Me quemaron mi casa! —respondió a las miradas interrogadoras.

Hubo imprecaciones, amenazas, insolencias.

Demetrio los dejó desahogar; luego sacó de su camisa una botella, bebió un tanto, limpióla con el dorso de su mano y la pasó a su inmediato. La botella, en una vuelta de boca en boca, se quedó vacía. Los hombres se relamieron.

—Si Dios nos da licencia —dijo Demetrio—, mañana o esta misma noche les hemos de mirar la cara otra vez a los federales. ¿Qué dicen, muchachos, los dejamos conocer estas veredas?

Los hombres semidesnudos saltaron dando grandes alaridos de alegría. Y luego redoblaron las injurias, las maldiciones y las amenazas.

—No sabemos cuántos serán ellos —observó Demetrio, escudriñando los semblantes—. Julián Medina, en Hostotipaquillo, con media docena de pelados y con cuchillos afilados en el metate¹⁴, les hizo frente a todos los cuicos¹⁵ y federales del pueblo, y se los echó...

—Qué tendrán algo los de Medina que a nosotros nos falte? —dijo uno de barba y cejas espesas y muy negras, de mirada dulzona; hombre macizo y robusto.

—Yo sólo les sé decir —agregó— que dejo de llamarme Anastasio Montañés si mañana no soy dueño de un máuser, cartuchera, panta-

14 *Metate*: piedra cuadrangular de tres pies cortos en plano inclinado que sirve para moler el maíz y otros granos.

15 *Cuicos*: policías.

lones y zapatos. ¡De veras!... Mira, Codorniz, ¿voy que no me lo crees? Yo traigo media docena de plomos adentro de mi cuerpo... Ai que diga mi compadre Demetrio si no es cierto... Pero a mí me dan tanto miedo las balas, como una bolita de caramelo. ¿A que no me lo crees?

—¡Que viva Anastasio Montañés! —gritó el Manteca.

—No —repuso aquél—; que viva Demetrio Macías, que es nuestro jefe, y que vivan Dios del cielo y María Santísima.

—¡Viva Demetrio Macías! —gritaron todos.

Encendieron lumbre con zacate¹⁶ y leños secos, y sobre los carbones encendidos tendieron trozos de carne fresca. Se rodearon en torno de las llamas, sentados en cuclillas, olfateando con apetito la carne que se retorció y crepitaba en las brasas.

Cerca de ellos estaba, en montón, la piel dorada de una res, sobre la tierra húmeda de sangre. De un cordel, entre dos huizaches¹⁷, pendía la carne hecha cecina, oreándose al sol y al aire.

—Bueno —dijo Demetrio—; ya ven que aparte de mi treinta-treinta¹⁸, no contamos más que con veinte armas. Si son pocos, les damos hasta no dejar uno; si son muchos aunque sea un buen susto les hemos de sacar.

Aflojó el ceñidor de su cintura y desató un nudo, ofreciendo del contenido a sus compañeros.

—¡Sal! —exclamaron con alborozo, tomando cada uno con la punta de los dedos algunos granos.

Comieron con avidez, y cuando quedaron satisfechos, se tiraron de barriga al sol y cantaron canciones monótonas y tristes, lanzando gritos estridentes después de cada estrofa.

16 *Zacate*: hierba, pasto, césped (en el norte de México).

17 *Huizaches*: arbustos silvestres parecidos a la acacia. Más común «hisache».

18 *Treinta-treinta*: rifle así llamado por el número del calibre del cartucho.

III

Entre las malezas de la sierra durmieron los veinticinco hombres de Demetrio Macías, hasta que la señal del cuerno los hizo despertar. Pancraccio la daba de lo alto de un risco de la montaña.

—¡Hora sí, muchachos, pónganse changos!¹⁹—dijo Anastasio Montañés, reconociendo los muelles de su rifle.

Pero transcurrió una hora sin que se oyera más que el canto de las cigarras en el herbazal y el croar de las ranas en los baches.

Cuando los albores de la luna se esfumaron en la faja débilmente rosada de la aurora, se destacó la primera silueta de un soldado en el filo más alto de la vereda. Y tras él aparecieron otros, y otros diez, y otros cien; pero todos en breve se perdían en las sombras. Asomaron los fulgores del sol, y hasta entonces pudo verse el despeñadero cubierto de gente: hombres diminutos en caballos de miniatura.

—¡Mírenlos qué bonitos!—exclamó Pancraccio—. ¡Anden, muchachos, vamos a jugar con ellos!

Aquellas figuritas movedizas, ora se perdían en la espesura del chaparral, ora negreaban más abajo sobre el ocre de las peñas.

Distintamente se oían las voces de jefes y soldados.

Demetrio hizo una señal: crujieron los muelles y los resortes de los fusiles.

—¡Hora!—ordenó con voz apagada.

Veintiún hombres dispararon a un tiempo, y otros tantos federales

19 *Pónganse changos*: estén alerta.

cayeron de sus caballos. Los demás, sorprendidos, permanecían inmóviles, como bajorrelieves de las peñas.

Una nueva descarga, y otros veintiún hombres rodaron de roca en roca, con el cráneo abierto.

—¡Salgan, bandidos!... ¡Muertos de hambre!

—¡Mueran los ladrones nixtamaleros!²⁰

—¡Mueran los comevacas!²¹...

Los federales gritaban a los enemigos, que, ocultos, quietos y callados, se contentaban con seguir haciendo gala de una puntería que ya los había hecho famosos.

—¡Mira, Pancracio —dijo el Meco, un individuo que sólo en los ojos y en los dientes tenía algo de blanco—; ésta es para el que va a pasar detrás de aquel pitayo!... ¡Hijo de...! ¡Toma!... ¡En la pura calabaza! ¿Viste?... Hora pal que viene en el caballo tordillo... ¡Abajo, pelón!...

—Yo voy a darle una bañada al que va horita por el filo de la vereda... Si no llegas al río, mocho²² infeliz, no quedas lejos... ¿Qué tal?... ¿Lo viste?...

—¡Hombre, Anastasio, no seas malo!... Empréstame tu carabina... ¡Ándale, un tiro nomás!...

El Manteca, la Codorniz y los demás que no tenían armas las solicitaban, pedían como una gracia suprema que les dejaran hacer un tiro siquiera.

—¡Asómense si son tan hombres!

—Saquen la cabeza... ¡hilachos²³ piojosos!

De montaña a montaña los gritos se oían tan claros como de una acera a la del frente.

La Codorniz surgió de improviso, en cueros, con los calzones tendidos en actitud de torear a los federales. Entonces comenzó la lluvia de proyectiles sobre la gente de Demetrio.

—¡Huy! ¡Huy! Parece que me echaron un panal de moscos en la cabeza —dijo Anastasio Montañés, ya tendido entre las rocas y sin atreverse a levantar los ojos.

—¡Codorniz, jijo de un...! ¡Hora adonde les dije! —rugió Demetrio. Y, arrastrándose, tomaron nuevas posiciones.

20 *Nixtamaleros*: personas que preparan el nixtamal —maíz ablandado con agua de cal para ser molido en el metate y hacer la masa para las tortillas— que es la comida de la gente pobre como los hombres de Demetrio.

21 *Comevacas*: persona que come carne de vacas robadas.

22 *Mocho*: persona muy religiosa y de ideas conservadoras.

23 *Hilachos*: andrajos, persona que viste ropa vieja y rota.

Los federales comenzaron a gritar su triunfo y hacían cesar el fuego, cuando una nueva granizada de balas los desconcertó.

—Ya llegaron más! —clamaban los soldados.

Y presa de pánico, muchos volvieron grupas resueltamente, otros abandonaron las caballerías y se encaramaron, buscando refugio, entre las peñas. Fue preciso que los jefes hicieran fuego sobre los fugitivos para restablecer el orden.

—A los de abajo... A los de abajo —exclamó Demetrio, tendiendo su treinta-treinta hacia el hilo cristalino del río.

Un federal cayó en las mismas aguas, e indefectiblemente siguieron cayendo uno a uno a cada nuevo disparo. Pero sólo él tiraba hacia el río, y por cada uno de los que mataba, ascendían intactos diez o veinte a la otra vertiente.

—A los de abajo... A los de abajo —siguió gritando encolerizado.

Los compañeros se prestaban ahora sus armas, y haciendo blancos cruzaban sendas apuestas.

—Mi cinturón de cuero si no le pego en la cabeza al del caballo prieto. Préstame tu rifle, Meco...

—Veinte tiros de máuser y media vara de chorizo por que me dejes tumbar al de la potranca mora... Bueno... ¡Ahora!... ¿Viste qué salto dio?... ¡Como venado!...

—¡No corran, mochos!... Vengan a conocer a su padre Demetrio Macías...

Ahora de éstos partían las injurias. Gritaba Pancraccio, alargando su cara lampiña, inmutable como piedra, y gritaba el Manteca, contrayendo las cuerdas de su cuello y estirando las líneas de su rostro de ojos torvos de asesino.

Demetrio siguió tirando y advirtiendo del grave peligro a los otros, pero éstos no repararon en su voz desesperada sino hasta que sintieron el chicoteo de las balas por uno de los flancos.

—¡Ya me quemaron! —gritó Demetrio, y rechinó los dientes—. ¡Hijos de...!

Y con prontitud se dejó resbalar hacia un barranco.